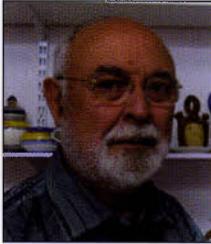




FIESTA DE LOS MAYOS DE 2008



El Rey de la Luz caminaba con su marcha lenta y metódica hacia su ocaso en la última tarde del mes de abril.

Placentero mes, aunque demasiado severo y tacaño en esta visita, con su preciado don del líquido elemento. El crepúsculo emergía cauteloso empezando a enseñar sus rosáceos dedos en lontananza. Durante este tránsito del ecuador primaveral, el pueblo se prepara para despedir y recibir el nuevo mes con la ya tradicional celebración de melodías y cantares, por todos conocida, como, «La fiesta de Los Mayos». En la plaza de la Villa, hoy de la Constitución, el murmullo del público que aguarda en vela la aparición de los instrumentistas en el cercano anochecer, fue tornándose lentamente más suave, hasta que el eco de los primeros acordes que sonaban en la lejanía se fueron mezclando con los mismos, prevaleciendo estos últimos sobre la algarabía anterior. Tradición ancestral que se pierde en la noche de los tiempos. Sonares de estos cánticos en los atardeceres y amaneceres de este paso estacional. Entonados con el júbilo que siempre se ha tenido para recibir al rey de la floración. Porque: ¿quién le quita a mayo sus flores, y esperanzas?.

Desfilan las rondallas en el apacible y agradable atardecer; músicos con caras de júbilo haciendo sonar y vibrar sus respectivos instrumentos de cuerda: Guitarras, laúdes y bandurrias, amén de algún acordeón, flauta, pandereta o botella de cristal. Pasacalles alegres cantados a pleno pulmón, expandiendo su sonar en la tarde cargada de profundo perfume primaveral. Los hombres y mujeres desfilan airosos, tras el farolero que encabeza la marcha; estandarte e insignia de su agrupación. Quizá reminiscencias de un pasado en el que la nocturnidad se esclarecía entre candiles, velas y candelabros, y, el deambular de ronda era imprescindible salvarlo con el lazarllo indispensable de la luminosidad del farol. En su desfilan, en sus ros-

tros se nota que empiezan a sentir el goce de saber, que por fin, lo que con tantas ganas y esperanza han anhelado tras la espera de muchas vigili-
lias de duros y reiterativos ensayos, de afinamientos eternos, de buscar sonares nuevos, y originales cánticos. Todo queda compensado por la gran satisfacción que les proporciona este deleitado momento. La hora esperada era llegada, y aquí está con todo su esplendor y con toda la añoranza; esta es: «La fiesta de Los Mayos».

Las rondallas cruzan las calles del pueblo, atravesando la citada plaza, para subir la empinada cuesta que concluye en la explanada de la antigua encomienda de Santiago. Sobre el altozano, dominando con plenitud todo el paisaje que la circunda, hasta una lejanía remota perdida tras la ribera de la depresión del caudaloso río Tajo, se encuentra la Iglesia del Apóstol del mismo nombre, con su dominante torre, vigía y faro santacruzero. En ella descansa en precioso y barroco retablo, la venerada Patrona del pueblo: Nuestra Señora la Virgen del Rosario, visita que la tradición ha hecho regla de honor para las rondallas participantes en este acontecer de tradiciones inmemoriales; la de interpretar el primer «Mayo» bajo su Efigie esplendorosa, y como preciados destinatarios, la Virgen María y San José.

El templo se encuentra repleto de

público, con un susurro expectante esperando el sonar de la rondalla de turno. Suena el primer acorde, tras él, el murmullo se torna en un silencio casi religioso. Tras la introducción instrumental, las voces de los cantantes irrumpen con su melodía en la gran bóveda del recinto Sacro. El estribillo por todos conocido de herencias ancestrales, vibra entre los arcos de la anchurosa nave, con su bello decir:

*Esperando, hermosa,
el mes de las flores
de las mariposas
y los ruiseñores.*

La rondalla sigue desgranando su florida y placentera melodía, llena de elogios y hermosura dedicados en este caso a la Señora. Fuera del recinto Sagrado, se ofrecerá a la dama o doncella homenajeadas. Versos envueltos en una reiterativa musicalidad de sencilla y pegadiza melodía, ambas de transmisión oral, huérfana de pentagrama, música aprendida generalmente de oído. Hija del sentir y decir del pueblo llano, que generación tras generación las hizo igualmente sonar y cantar. Me imagino que de forma similar, aunque con distinta escenografía, marcada siempre por los acontecimientos que correspondiera al vivir histórico de cada momento.

«Los Mayos» en su fácil musicalidad, solo tienen unos acordes diferentes de entrada y una pequeña variante





en el último verso. El largo discurso, finaliza con un galante piropo en el que se resume todo lo expuesto en el contenido del texto de la melodía:

*Adiós, clara estrella,
adiós flor gentil,
tú eres la más bella
de mayo y abril.*

En la Iglesia una salva de aplausos premia la actuación musical de los primeros actuantes, volviendo a restablecer un nuevo silencio para la rondalla de turno siguiente. Y así sucesivamente van desfilando todas ellas, dejando su eco sonoro en el Santo lugar.

No faltó un gesto andaluz con la entonación de la «Salve Rociera», de arraigado fervor popular, interpretada emotivamente, además del consabido «Mayo», por uno de los grupos participantes.

Finalizado el acto, en lenta y larga procesión, bajan a la plaza, adonde en un quiosco establecido en el centro de la misma para tal fin, las agrupaciones son presentadas, y una tras otra, van interpretando una canción de su estudiado repertorio. Concluida la actuación de cada agrupación, las mismas son premiadas por los aplausos de un público entusiasta y entregado que acude a tal evento, abarrotando el lugar habilitado para este ceremonial. Después se hace subir a todos los *faroleros* de las agrupaciones, para decorarlos con la *escarapela* conmemorativa de esta festividad, y tras esta condeco-

ración, se realiza el discurso de salutación protocolario del principal Edil. Una vez terminado, las rondallas se agrupan todas alrededor del templete. Las mismas en común unión hacen sonar sus cuerdas, y unidas en este canto primaveral, el recinto entona, entre músicos y parte del público en general, el primer «Mayo» dedicado al pueblo. Evocando quizá con él, a todos nuestros ancestros que en sus días, también lo debieron hacer, aunque a su manera.

Concluido este acto, cada grupo coge su respectivo deambular, desgranándose por las diversas calles de la villa en esta noche casi mágica, haciendo sonar en su caminar sus alegres y vibrantes pasacalles.

Una vez en la puerta de la persona amada, o de algún familiar, amigo, o simplemente público interesado en estos sonares, el portavoz de la rondalla suele preguntar, —¿Mayo o pieza?—, y el destinatario o destinataria elige una de las dos cosas, pasando los instrumentistas a interpretar lo solicitado con entusiasmo *festil*. Una vez concluido el discurso musical, es perentorio obsequiar a los *mayistas*, con un ágape, los conocidos más cercanos, o simplemente con una dádiva las personas simpatizantes y amantes de este viejo ritual. Así pasa este último anochecer del mes de abril, entre cantares y sonares callejeros expandidos por todos los rincones de la villa, hasta llegada la media noche, en que el enflorado mes tan esperado por

todos, nace envuelto con la algarabía y alegría de los participantes, y, este alumbramiento, hace cambiar la letra de la primer estrofa del estribillo que hasta ahora se había declamado. Ya no es «esperando hermosa»; por fin es:

Ha venido mayo...

Y así, entre andares, melodías y cantares, se hace el tránsito de estos dos meses de primavera pura, con esta evocación a los recuerdos de tiempos pretéritos, cuando quizá lo que se pretendía era la de alagar a la moza amada, o hacerla llegar o entender a ésta, en la dedicatoria del «Mayo», que un mozo de la *ronda* estaba prendado por ella, cuando la comunicación humana era de difícil interlocución, (quien sabe como podrían ser las costumbres y formas de vivir de otrora), lo único que sabemos, es que de esos *acontecidos* ha quedado un poso sólido e indisoluble, que esperemos siga vivo en futuras generaciones, para que no se pierda esta bonita tradición, y sirva además para goce de los intérpretes y placer de los oyentes. En esta, «La fiesta de Los Mayos», que tanto amamos los que aquí recibimos el aliento de la vida por primera vez, y, en especial, los que también en nuestra juventud, fuimos *rondallistas* y rondadores en esta nuestra querida villa que es: SANTA CRUZ DE LA ZARZA.

Tomás Medina Mota

PINTURAS DE TOMÁS MEDINA

